

Los zarpaños de la máscara

Con la flamígera autoridad de un coetáneo, el autor de esta nota conforma — a su manera — un verdadero manifiesto estético — literario — vital — ideológico — sexual de su generación, y de la inmediatamente anterior, teniendo como pretexto **Santiago Cero**, primera novela de Carlos Franz.

CRISTIAN WARNKEN

Buenas noches, habitantes de una ciudad llamada Santiago de Chile.

Soy un personaje de la novela de Carlos Franz. Me gusta que me llamen la máscara. Ustedes, no necesitan presentación. Los conozco a todos, uno por uno, los he espionado durante esta decena de años en cada recodo, en cada pequeña miseria personal.

Creo que el oficio de mirón era mi única alternativa, después de tanto cambio de piel, sexo, nombre, quedé solo entre dos caminos: o hacerme santo (asunto difícil para un descendiente de yugoslavos honestos y escépticos como yo, que no cree en el Bien), o hacerme mirón.

Yo, en esta ciudad, no tengo amigos, creo que es imposible tenerlos.

He manchado mis ojos en los peores tugurios y en los mejores barrios, en las salas de tortura y en los barretines.

Como no he manchado mis manos como ustedes lo han hecho en el barro y la miel de estos años, puedo mirarlos a la cara, puedo hablar toda la noche de todos ustedes, de sus hipocresías, de cómo se vendieron, de cómo dejaron de amar. Pero no he venido a moralizar, ¿con qué cara puede una máscara moralizar?

A días de una Elección que algo tuvo que ver con toda esta historia que llevo en mi retina, creo que es un buen ejercicio mirarse las caras.

Imaginarán, supongo, que alguien como yo, que lo ha visto todo, no puede separar la paja del polvo, ni decidir, ni dudar. Por eso soy un personaje de una novela de Carlos Franz, y no me paseo por las calles con zapatillas Nike.

Los veo... mira, mira...

Armando, estás ahí en la esquina, vestido de marinero, recitas poemas que sacas de papeles arrugados de tus bolsillos, tú no cupiste en esta novela... eres el único que viaja a través de una memoria transparente...

Aquí está la patria joven, la generación de los setenta, mi generación, aunque me sienta lobo en manada ajena.

Mira, mira...

Sebastián, veo que ya no levantas barricadas, es de mal gusto, sobre todo aquí en el Drugstore. ¿Tarjetas de crédito...? Me lo imaginaba. No realizar los sueños es

peor que no hacer el amor durante dieciséis años.

Mira, mira...

Flaca Alejandra: se te ve bien, mal que mal, casarse con el propio torturador no debe ser nada de fácil.

Mario... no sabía que te habías hecho obispo... la última vez que te vi en 1975 le mordías las tetas a tus primas en El Quisco. Luego te vi vendiendo dólares, llegar a ser jefe de los Boys Scout.

Mira, mira...

Zalaquíás, volviste de tu beca en Jerusalén, supe que abriste una oficina de pólizas de seguro, que te cagaste a Benjamín, en 1975 hablaste con él toda la noche sobre la muerte, y ahora te veo vivo y coleando...

Mira, mira...

el que nadie es lo que es ni lo que podría ser.

Aquellos que han hablado de sueños, que han vociferado sueños, que han hecho proclamas con los sueños, aquí están bostezando con las palabras de la Máscara.

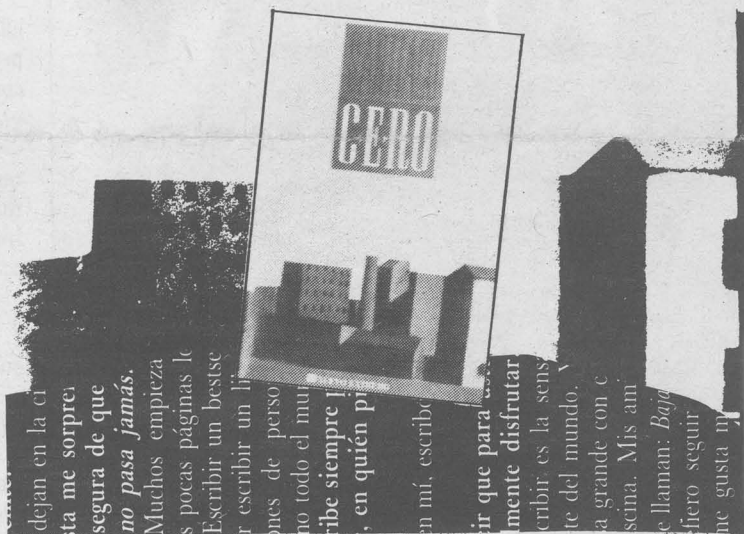
De militante disciplinado a agente de seguridad hay sólo una puerta frágil, fácilmente desfondable.

De mujer santiaguina, casta y reprimida, a prostituta hay un velo leve, que une cuerpos frenéticos y enfermos.

Mira, mira...ahí están otra vez

Ustedes, la patria joven, ¿creyeron que el Bien existía solo, envuelto en una bandera blanca?

Ustedes, los perfectos, los sueños incólumes, el futuro intacto, los



Felipe, tú abandonaste la Escuela de Derecho en 1982, todos decían que estabas loco, ahora estás en Aysén de supervisor de una cría de salmones, tienes dos hijos que se levantan todas las mañanas a conversar con los glaciares, piensas abrir un salón de *pool* en la Patagonia, y los que te decían loco hoy se hacen dos sicoanálisis por semana.

Mira, mira...

Raquel, la última vez que te vi llorabas sobre un puente por un amor imposible... estabas dispuesta a todo, después hiciste tus cálculos...

Jaime, en el año 1976 dijiste que el Oriente estaba muy cerca para ti, ibas a viajar por todos los otros... pero ahora no te mueves de tu mesa del Tavelli, tienes tus mañanas, tus ritos de notario...

Mira, mira...aquí están los que realizaron sus sueños y los que no realizaron sus sueños, hundiéndose en un laberinto gris y viscoso en

campeones del cálculo. Ni un error. Ustedes no leyeron a Holderlin, porque era alemán. No pudieron aprender esta frase: *en el peligro siempre hay algo que nos salva.*

Ustedes no suscribirían este testamento de Borges: "Si pudiera vivir nuevamente trataría de cometer más errores... no intentaría ser tan perfecto, me relajaría más, sería más tonto de lo que he sido, menos higiénico, tendría más problemas reales y menos imaginarios, correría más riesgos, contemplaría más atardeceres, subiría más montañas..."

La pulcritud los mató, el cálculo los acomodó en el miedo y a mí tanta mentira me hizo mirón

Pero, no hay derecho que una máscara les arruine esta tarde de homenajes. Sebastián, Raquel, Zalaquíás, Mario, Flaca, Guatón... Buenas noches...

Habitantes de una ciudad llamada Santiago de Chile, sombras todas, felices sueños.